

(Traducción provisional)

**Todos los documentos están embargo hasta su distribución o presentación ante la
Asamblea**

**UNDÉCIMA ASAMBLEA DE LA FEDERACIÓN LUTERANA MUNDIAL
STUTTGART, ALEMANIA
20-27 de julio de 2010**

**DISCURSO SOBRE EL TEMA PRINCIPAL
ARZOBISPO DE CANTERBURY**

- (1) En el evangelio, Jesús dice que un hombre no dará una piedra a su hijo cuando le pide pan (Mt 7.9). Si nosotros pedimos pan, lo que nos persuadirá de que la respuesta es satisfactoria será saber que nuestra propia declaración de lo que necesitamos fue escuchada. Parte de la nutrición que necesitamos es saber que nuestras hermanas y nuestros hermanos en la fe ven y escuchan nuestras necesidades tal cual son, no como otros/as se imaginan que tendrían que ser. El pan compartido entre cristianos/as, no es solo un recurso material, sino también un reconocimiento de la dignidad. En 1963, R. S. Thomas, uno de nuestros grandes poetas galeses y cristianos, publicó un libro de poemas intitulado “El pan de la verdad” y, de hecho, reconocer la dignidad humana de unos/as y otros/as es compartir la verdad de aquello que la humanidad es en los ojos de Dios. Nos alimentamos unos/as a otros/as honrando la verdad de la imagen divina de cada uno/a.
- (2) Entonces, “danos hoy nuestro pan de cada día”, se convierte en una oración por la cual le pedimos a Dios que sostenga en nosotros el sentido de nuestra humanidad en su plenitud y su riqueza; que nos dé esas relaciones con otros seres humanos que nos mantendrán humanos/as, conscientes de nuestra mortalidad y nuestra necesidad, pero confiados en que somos amados. Es una oración que nos recuerda nuestra necesidad: no nos permitas olvidar nunca, oramos, que *tenemos* que ser alimentados y que no podemos generar por nosotros mismos todo lo que necesitamos para vivir y realizarnos. Y, a la vez, es una oración que nos dice que no debemos avergonzarnos de nuestra mortalidad, de nuestro ser físico y vulnerable. Empezamos por la necesidad, ¿dónde si no podemos empezar? Pero esa es una forma de entender cómo y por qué nos preocupamos, por qué somos vulnerables. La oración plantea un interrogante crítico a todo aquel y toda aquella que se imaginen que pueden comenzar desde una posición de autosuficiencia; afirmar que se tiene necesidad de ese “pan de la verdad”, necesidad de nutrición material y espiritual no es en ningún caso un fracaso, sino por el contrario, un espacio de dignidad. La oración impugna la arrogancia de quienes piensan que no están necesitados/as y, a la vez, establece que los/as necesitados/as poseen plenamente un tesoro que es preciso descubrir y divulgar, la humanidad que les envuelve en una relación mutua.
- (3) Parte de lo que pedimos en esta oración es la gracia de recibir nuestra propia humanidad

como un don. Pedimos apertura y gratitud a quienquiera y cualesquiera que nos despierte a nuestra dignidad y nos ayude a percatarnos que, si bien nuestra dignidad, esencial y primordialmente nos es dada en nuestra creación, siempre tiene necesidad de ser llamada a la vida activa por las relaciones, por el don de los/as demás. Y, claramente, la consecuencia es que al hacer esta oración tengamos presente cuanto le debemos a nuestros prójimos en términos de don; su humanidad depende de la nuestra, así como la nuestra depende de la de ellos/as. Muchos comentadores del Padrenuestro, como Gregory de Nyssa, subrayan la irracionalidad de orar por el pan de cada día al tiempo que, de una u otra forma, se busca apoderarse de ese pan en detrimento de los/as demás. Y en el marco que vengo esbozando, eso puede obedecer más bien a la preocupación de *defender* mi propia dignidad que al deseo de recibirlo con amor.

- (4) Orar por nuestro pan de cada día, es orar para volver a estar al tanto de nuestra vulnerabilidad, aprender a acercarnos unos/as a otros/as, no solo a Dios, con nuestras manos abiertas. Por lo tanto, para orar esta oración con integridad, tenemos que pensar en los diversos medios en que nos defendemos. No podemos orar plena y libremente por nuestro pan de cada día, cuando nos aferramos firmemente a nuestra propia rectitud o entereza, como tampoco podemos hacerlo cuando nos aferramos a nuestra propia seguridad o prosperidad. Y, tal vez, esto explica por qué el Padrenuestro prosigue con el pedido de perdón, o mejor dicho, del don de ser perdonados/as tal como aprendimos a perdonar. Quien pide perdón es alguien que ha renunciado al privilegio de estar en lo justo o a salvo; alguien que reconoció que tiene hambre de sanación, del pan de la aceptación y la restauración de la relación. Pero quien perdona también renunció a la seguridad de estar encerrado/a en la posición de la víctima agraviada y decidió correr el riesgo de volver a crear una relación a sabiendas de que puede ser peligrosa y causar dolor. Ambos/as, quien perdona y quien es perdonado salieron de la zona de seguridad y comenzaron a preguntarse en qué forma recibir su humanidad como un don.
- (5) El perdón es uno de los medios más radicales que nos permite nutrir nuestra mutua humanidad. Cuando se agravia y se hiere, la habitual respuesta humana es retirarse y reforzar las paredes del yo privado, con todo lo que eso implica en lo que respecta a afirmar la propia humanidad como una posesión en lugar de recibirla como un don. Quien no perdona y quien no es perdonado no ven en el otro o la otra a alguien que forma parte de la obra de conferirles humanidad. Perdonar y ser perdonado/a es permitirse ser humanizado/a por aquellos/as a quienes menos se quiere recibir como signos del don de Dios, pero ese proceso está intrínsecamente conectado con la oración del pan de cada día. Negar posibilidades de perdón equivaldría a decir que existen aquellos/as a quienes no necesito porque me agraviaron o porque se negaron a darme una mano.
- (6) Perdonar es claramente la marca de una humanidad tocada por Dios, libre de la ansiedad de la identidad y la seguridad, libre de ir hacia el otro o la otra, como Dios lo hace en Jesucristo. Pero tal vez esa voluntad de ser perdonado/a sea también la marca de una humanidad tocada por Dios. Es cuestión de estar dispuesto/a a reconocer que no puedo crecer y prosperar sin una relación restaurada, incluso cuando eso implica admitir todo aquello que he tratado de evitar. Cuando la persona a quien herí, me perdona, ambos no solo aceptamos que dañé una relación, sino también que el cambio es posible. Y si la lógica del Padrenuestro es correcta, esa aceptación nace de nuestra libertad de generar el cambio que entraña ese perdón y es

reforzada por ella.

- (7) El perdón es intercambio del pan de vida y el pan de la verdad; es la forma en que aquellos/as que dañaron la respectiva humanidad y negaron la respectiva dignidad restablecen una relación en la que cada uno/a alimenta al otro o la otra y nutre su dignidad. Considerarlo como una reivindicación de poder sobre el otro o la otra es una gran distorsión del perdón: ser patrón o patrona, benefactor o benefactora de alguien más desamparado. Más bien, deberíamos pensar en aquellas palabras extraordinarias de la profecía de Oseas (11.8-9) acerca de la misericordia de Dios: “¿Como podré abandonarte, Efraín? Porque Dios soy, no hombre”. Perdonar es compartir en el *desamparo* de Dios, que no puede apartarse de su propia naturaleza: no perdonar sería para Dios una herida en la propia vida divina. En el acto de perdonar no se nos muestra el poder sino la impotencia de Dios cuya naturaleza es amor. Y ser perdonando es otra clase de impotencia; reconocer que no puedo vivir sin la palabra de misericordia, que no puedo completar la tarea de ser yo mismo/a sin la sanación de lo que he herido. Ni quien perdona ni quien es perdonado/a adquiere el poder que simplemente suprime el pasado y nos deja solos/as frente al futuro: ambos/as descubren que su pasado, con todas sus sombras y lesiones, es el motivo por el cual, ahora es imperativo reconciliarse para poder vivir más plenamente uno/a del/la otro/a y uno/a o con el/la otro/a.
- (8) Hoy, esta Asamblea se centra en los dones y necesidades de Asia, lo que paradójicamente, implica que la imagen del pan sea menos idónea e inmediata que aquella del arroz que, de por sí, nos recuerda que con frecuencia tratamos de darle a otros/as lo que no quieren ni necesitan, porque no le es familiar ni les nutre. Compartir el pan de la verdad también significa atender a la verdad de la real condición del otro o la otra. Y mucho de aquello por lo cual nosotros/as, cristianos/as europeos/as pedimos perdón, no solo en la Iglesia, siempre estará relacionado con nuestra historia de ofrecer un don de manera que no pueda ser recibido, ya sea porque está ligado a supuestos de una cultura foránea, a una conducta de violencia y explotación, o bien, a unos y otra. Pero en el cuerpo de Cristo, tarde o temprano, no podemos evitar que llegue el momento de hacer las paces reconociendo que nos necesitamos unos/as a otros/as y que debemos aprender a acoger en nuestras manos el arroz que nos ofrecen nuestras hermanas y nuestros hermanos asiáticos.
- (9) Al contrario de lo que la cultura secular parece pensar a veces, ese volverse el/la uno/a hacia el/la otro/a reconociendo errores y heridas no es fútil indulgencia de una insignificante culpa colectiva ni un intento de ganar puntos, sino más bien llegar a ver cómo nuestra historia a menudo nos ha hecho menos, no más humanos, y reconocer que hoy en día, los efectos de todo eso siguen siendo poderosos en nuestras vidas. De ahí que comencemos por pedirnos nutrición unos/as a otros/as, incluida aquella que no siempre es fácil ni grato recibir, pues procede de escuchar la verdad.
- (10) Hoy, otro punto crucial es, por supuesto, el acto de reconciliación con cristianas y cristianos de la tradición menonita-anabaptista. Tal vez sea respecto a esta tradición que todas las “históricas” iglesias confesionales tengan más que arrepentirse, habida cuenta del compromiso de los/as menonitas con la no-violencia. Para estas iglesias recibir la penitencia de nuestras comunidades es un reconocimiento particularmente lleno de gracia de que aún creen que en el cuerpo de Cristo tienen necesidad de nosotros/as, y nosotros/as tenemos buen

motivo de ver cuánto les necesitamos a ellos/as con los ojos puestos en un mundo en el que siglos de violentos enfrentamientos cristianos dejaron tantas cosas intactas en el ejercicio del poder. Ninguna familia de creyentes se limitará a capitular frente a otra: nadie está diciendo que debemos olvidar nuestra historia o abandonar nuestra confesión. Pero en la comunidad cristiana global en la cual estamos llamados a nutrirnos unos/as a otros/as, a hacernos humanos/as unos/as a otros/as mediante el intercambio de las buenas nuevas de Cristo, podemos estar agradecidos de la diferencia entre unos/as y otros/as y orar para ser nutridos/as por ella.

- (11) A los eruditos, al menos desde la época de San Jerónimo, les ha preocupado el uso incorrecto del término griego *piousios* en los evangelios por “pan cotidiano”, cuyo significado exacto resulta evasivo. San Jerónimo lo tradujo con estricto literalismo por “supersustancial”, traducción poco útil que no sobrevivió en el latín litúrgico, pero que dio lugar a muchas especulaciones fantasiosas. Tal vez signifique simplemente, “el alimento con el que subsistimos”. Pero el propio Jerónimo se refiere a una antigua versión en arameo en que la oración presentada dice “danos hoy el pan de mañana”. Si esto último representa lo que dijo Jesús, entonces, nos estaba diciendo que oremos por los dones del Reino venidero a ser recibidos en el presente. Y en ese caso, echa nueva luz sobre todo lo dicho hasta ahora. La necesidad y el hambre que debemos aprender a expresar no es simplemente una necesidad de sustento, sino del futuro de Dios. Lo que necesitamos es la nueva creación, el pan que viene del cielo y da vida al mundo.
- (12) Esto último da entender que existe una relación aún más estrecha entre la oración por el pan de cada día y aquella por el perdón. La reconciliación mutua es una de las marcas de la obra del Espíritu, una posibilidad radicalmente nueva, abierta a través del cuerpo de Cristo: es de por sí un signo del futuro de Dios a la obra y, por ende, un ejemplo del “pan de mañana”. Para ser más preciso, la revelación de nuestra necesidad mutua y el reconocimiento compartido de la dignidad humana como algo realizado en comunión son dimensiones de nuestra experiencia humana en la cual, el futuro de Dios es visible. Y allí donde suceden estas cosas, sean o no denominadas en el contexto de Cristo y su Espíritu, hay algo de la realidad sacramental del “pan de mañana”. “Cinco minutos de paraíso”, retomando el título de la serie de televisión, basada en hechos reales, en la que se explora el costo de la reconciliación en el contexto de Irlanda del Norte. Si el perdón es el ejemplo más exigente del aprendizaje de ofrecer los propios recursos de uno/a en aras de la dignidad del otro/a, si de numerosas maneras es la forma de servicio recíproco menos “natural” o contracultural, entonces es correcto considerarlo como un don del futuro, como el indefectible propósito de Dios de empujarnos hacia adelante.
- (13) “Danos hoy nuestra pan de cada día” es, entonces, una oración que inevitablemente va más allá del momento presente y la satisfacción de necesidades inmediatas, por lo cual, también prohíbe sentirse *ansioso* acerca del mañana. Es como si para vivir hoy en paz y con esperanza, tuviéramos que pedir ese adelanto o “pago adelantado” del futuro de Dios que Pablo identifica como el Espíritu Santo (2 Cor 5.5, cf. Ef 1.14). Se ha dicho que cada petición del Padrenuestro es implícitamente una oración por la venida del Espíritu (varios Padres primitivos comentan la antigua variante de “Venga a nosotros tu Reino” como “Venga a nosotros el Espíritu Santo”) y no hay excepción alguna. De hecho, orar por el Espíritu es

orar por la gracia de recibir nuestra humanidad de Dios en las manos de cada uno/a en la realidad de la comunión, con toda la lucha que conlleva volverse hacia la realidad del/la otro/a sin contentarnos con las imágenes de unos/as y otros/as. Ser pan los/as unos/as para los/as otros/as implica destruir los ídolos de piedra propios y ajenos.

- (14) Pero al hablar en esos términos del pan y el perdón, el futuro nos impele a pensar más detenidamente en el acto en que cristianas y cristianos se plantean con mayor claridad esas realidades como características rectoras de la existencia cristiana: la Santa Cena, la Eucaristía. Celebramos esta Cena hasta que Cristo venga, invocando al Espíritu de la época venidera para transformar la materia de este mundo en don absoluto de Cristo para nosotros y, por lo tanto, invocando la promesa de un mundo totalmente renovado, percibido y recibido como un don. Tal es, supremamente, el pan de mañana.
- (15) Pero lo es, por supuesto, no como un *objeto* caído del cielo, sino precisamente como el pan activamente compartido por los amigos de Cristo y comido como una anticipación de la comunión del mundo a venir y una conmemoración de la traición y la muerte de Jesús. Es decir, que también es un sacramento de perdón; es Jesús redivivo que vuelve a sus discípulos infieles para crear de nuevo en ellos esta comunión del mundo nuevo. El pan que viene del cielo es pan que fue amasado, partido y distribuido por un cierto tipo de comunidad, la comunidad cuyos/as integrantes reconocen su necesidad de absolución y reconciliación entre unos/as y otros/as. La comunidad que come este pan y bebe esta copa es una comunidad donde los seres humanos están aprendiendo a aceptar su vulnerabilidad y su necesidad, así como su vocación de nutrirse unos/as a otros.
- (16) Por lo tanto, la oración por el pan de cada día podemos vincularla directamente con lo que viene antes y después en el Padrenuestros. Pedimos que venga el Reino y que los designios de Dios se realicen como en la liturgia del cielo, en el Templo celestial, donde se cumple nuestro llamado fundamental de amor y alabanza. Y a la luz de esto último, oramos por el pan de hoy y mañana, por señales entre nosotros del futuro de justicia y reconciliación, sobre todo, viendo en ello la manifestación del perdón mutuo.
- (17) La Santa Cena es pan para el mundo, no simplemente en virtud del pan sacramental que literalmente es compartido y consumido, sino porque es signo de una humanidad liberada por el don y el servicios mutuos. La misión de la Iglesia en el mundo de Dios está indisociablemente ligada a la realidad de la vida común en torno a la mesa de Cristo, la vida de lo que un gran erudito anglicano denominó *homo eucharisticus*, nueva “especie” de la humanidad creada y sustentada por el encuentro eucarístico, su alimento y su bebida. Allí se proclama la posibilidad de vida reconciliada y el imperativo de vivir de una forma que nutra la humanidad de los/as demás. No hay acción transformadora de la vida eucarística, si ésta no cobra cuerpo en la justicia y la generosidad, ni verdadera veneración del cuerpo y la sangre sacramentales sin que también cobre cuerpo en la correspondiente veneración del prójimo.
- (18) Si entonces somos llamados a alimentar al mundo, recordando la enérgica instrucción de Jesús a sus discípulos de darle a las multitudes algo de comer (Mc 6.37), el reto reside en llegar a ser una comunidad que nutre la humanidad, una humanidad, por un lado abierta e indefensa y, por el otro, dedicada creativamente a hacer al prójimo más humano. “Danos hoy nuestro pan de cada día” debe también ser una oración por la que podamos ser

transformados/as en *homo eucharisticus*, por la que podamos ser un cuerpo nutritivo. Los debates en el seno de nuestras iglesias serían un tanto diferentes, si en cada caso nos preguntáramos cómo se relaciona tal o cual cuestión con dos cosas fundamentales: nuestro reconocimiento de que nos necesitamos unos/as a otros/as para nuestra propia nutrición y nuestra disposición a ofrecer cuanto tenemos y somos para alimentar, material y espiritualmente, a un mundo hambriento.

- (19) Tal como están las cosas, corremos el riesgo de caer en una serie de trampas. Podemos abordar las querellas intereclesiales en un espíritu que transmita el claro mensaje de que no estamos dispuestos a vivir con los/as otros/as ni a ser alimentados/as por ellos/as. Podemos consumir nuestro tiempo y nuestra energía en lo que nos gusta pensar que es servicio al necesitado, al tiempo que ignoramos nuestra propia necesidad y pobreza, en particular, nuestra necesidad de silencio y receptividad de Dios. Podemos imaginar que celebrando fielmente la liturgia encarnamos la realidad del Reino, seamos transformados o no en una comunidad de nutrición mutua. Podemos centrarnos tan estrechamente en los derechos del ser humano que perdamos de vista su belleza y dignidad, belleza y dignidad que contribuyen a nutrirnos. La lista no termina aquí, pero el punto es que la íntima relación que existe entre nuestra misión y la oración por nuestro pan de cada día repercute a tantos niveles de la vida del discipulado que la gama de posibles fracasos es proporcionalmente amplia.
- (20) La peor reacción sería la simple ansiedad; la mejor, reconocer que nuestra propensión al fracaso, nos recuerda de por sí nuestra hambre fundamental, nuestra necesidad de unos/as y otros/as. El pan de la verdad es también el pan de la honestidad respecto a nosotros/as mismos/as y la iglesia que crece auténticamente en Cristo será una iglesia preparada para escuchar su juicio sobre éstos y otros asuntos con paciencia y gratitud. Por lo tanto, cuando oramos por nuestro pan de cada día, también oramos por la conciencia de nuestro fracaso y, por más duro que sea siempre, por la gracia de escuchar la verdad al respecto, tanto de unos/as como de otros/as y también del resto del mundo. Porque Dios solo puede actuar para nutrir nuestra humanidad mediante los retos, las preguntas y los reproches que el resto de la raza humana plantea a la Iglesia.
- (21) “Danos hoy nuestro pan de cada día” es, entonces, una oración por la plenitud de la iglesia que ha de manifestarse: en un patrón de reconocimiento de nuestra propia necesidad y la de nuestro prójimo, y ser capaces de volvernos con confianza unos/as a otros/as para suplir esa necesidad; en el deseo de la libertad de perdonar y ser perdonado/a; en la comprensión más plena de la Eucaristía como centro de nuestra identidad cristiana, no solo como un acto ritual, sino como pilar de la comunidad, un compartir del pan inserto en una práctica de vida compartida que fluye en el servicio frente al hambre en el mundo. Es una oración, simplemente, para que Cristo sea nuestra nutrición y nuestro sustento, de manera que todo orgullo de autosuficiencia, toda ansiedad individual y defensiva, todo esfuerzo codicioso de vivir a expensas del prójimo puedan superarse y que la Iglesia declare con claridad y convicción que, de hecho, hay pan para mitigar el hambre en el mundo y que ese pan está en el cuerpo del Señor. Qué esa claridad y esa convicción, así como el autoconocimiento del arrepentimiento que les acompaña, estén siempre en nosotros.